

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 30-VI-2004

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/porta1_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

Año 4, número 69

ÍNDICE

	página
El jesuita Juan Agustín de Espinoza y La Laguna	2
El Mostrador. <i>Del color de la lava.</i> Compromiso con el hombre y la poesía	7
Libros del Archivo Histórico	12

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

EL JESUITA JUAN AGUSTÍN DE ESPINOZA Y LA LAGUNA

Dr. Sergio Antonio Corona Páez

La Laguna fue llamada así por los primeros españoles que llegaron a estas latitudes en el último tercio del siglo **xv**. Tomaron por referencia geográfica la gran laguna que se extendía al occidente de lo que actualmente es la ciudad de Parras, Coahuila, después llamada Laguna de Parras o Laguna de Mayrán. De hecho, La Laguna era una región lacustre. Había Laguna de Tlahualilo, Laguna de Parras, Laguna de Viesca y una serie de charcos o pequeñas lagunas que dominaban el paisaje. El agua que las formaba provenía principalmente del Río Nazas, que derramaba sus aguas por diferentes brazos y rumbos a partir de lo que actualmente es la ciudad de Torreón y hacia el oriente.

El área lacustre estaba habitada por indígenas que los españoles llamaron “laguneros” por obvias razones, y que eran seminómadas, cazadores y recolectores.

Durante el último tercio del siglo **xv**, las exploraciones de Francisco de Ibarra configuraron lo que sería la Gobernación o Reino de la Nueva Vizcaya, enorme territorio que abarcaría lo que actualmente son los estados de Durango, Chihuahua, Sonora, Sinaloa y sur de Coahuila.

Mediado el siglo **xv** se fundaron las poblaciones de Durango, Cuencamé y Saltillo, gracias a las minas y a las mercedes de tierras concedidas por la Corona a los nuevos pobladores. Muchos de los indios de estas regiones estaban ya en contacto con los españoles por medio de relaciones laborales.

La potencial feligresía indígena de la Región Lagunera fue de particular interés para la Compañía de Jesús. Los primeros jesuitas llegaron a la Nueva España en septiembre de 1572, apenas a los 16 años de la muerte de San Ignacio, acaecida en 1556.

El padre provincial Esteban Páez tramitó ante el rey Felipe **ii**, en el año de 1592 o 1593, la autorización para atender la región de La Laguna. La autorización la otorgó el monarca, en Madrid, el 6 de abril de 1594.¹

¹ Buena parte de la información utilizada procede del libro del padre Agustín Churrua Peláez *et al.*, *El sur de Coahuila antiguo, indígena y negro*, México, 1991. Edición conmemorativa de los 450 años del nacimiento de San Ignacio de Loyola

Felipe II comunicó a la Casa de Contratación de Sevilla que había permitido al padre Pedro de Morales que los jesuitas pasaran a Topia, Sinaloa y La Laguna.² La Laguna y el valle de Parras podían ser atendidos desde la residencia jesuita de Zacatecas o bien desde la de Durango. La residencia escogida fue la de la ciudad de Durango. Éste fue el centro que atendió las misiones situadas hacia el oeste, hasta Sinaloa, y las situadas hacia el este, o sea La Laguna y enseguida Parras.

En 1594³ vivía en Durango el padre Martín Peláez, sj, y en Zacatecas el padre Francisco de Arista, sj, quien aprendía por entonces las lenguas del lugar. Poco a poco irían llegando nuevos misioneros. En la carta que el padre Francisco Gutiérrez, sj, dirigió al padre Antonio de Mendoza, sj, escrita en Puebla el 21 de septiembre de 1594 afirmaba que en La Laguna estaban tres padres: Gerónimo Ramírez, Martín Peláez y Juan Agustín de Espinoza.

Durante la primera etapa de recorridos misioneros a través de La laguna, los jesuitas manifestaban serias dudas por su integridad física, ya que pensaban que podían ser devorados por los indígenas del lugar. El Catálogo Jesuítico del año 1597 (escrito en marzo de 1598) sitúa en la Laguna a los padres Francisco Gutiérrez, Gerónimo Ramírez, Juan Agustín de Espinoza, Pedro de Segovia y Bartolomé de Hermosa. De este último no sabemos si vino a la zona parrense o permaneció más bien en Durango.

Cabe mencionar que en 1594, cuando recién comenzaba su labor misionera en La Laguna, el padre Juan Agustín contaba con 26 años de edad, ya que nació en 1568.⁴

En el *Anua* de 1598 consta que los principios de la misión y nueva población de “Sancta María de las Parras” —que pertenecía a la residencia de Durango— fueron muy humildes.

La población iba formándose día tras día y en ella sobresalía el padre Juan Agustín, quien andaba juntando la gente, que era dócil “aunque muy enemiga del trabajo” al decir de los españoles. Desde luego, éste era un punto de vista occidental poco familiarizado con los valores de las culturas autóctonas. A cada familia se le distribuían tierras, aguas y azadones. La nueva población se dividió en barrios.

² Monumenta Mexicana (M.M.) V, Doc. 65, p.p. 212-215, Carta del Rey Felipe II a la Casa de Contratación de Sevilla, Madrid, 6 de abril de 1594; copia autenticada en el legajo (Archivo General de Indias) México 27, de dos folios.

³ M.M. V Doc. 95, p 285, original en Cod. Mex. 4 f.f. 95 r - 96 v.

⁴ M.M. V, Doc. 151, p.p.524 ss. *Catálogo*, México, febrero de 1596 orig. en Cod. Mex. 4 ff, 70r – 78 v.

Se congregaron “15 caciques con su gente” y la población total sumaba casi mil personas. Llegaron también “otros indios principales”. Unos vinieron “de este valle” de Parras; otros de la zona de “la laguna”. En esta recién formada comunidad de Santa María de las Parras, a la que llegaban de continuo nuevos habitantes, las misas se decían en una capilla “de prestado”. El padre Juan Agustín instaló, asimismo, un hospital. Él explicaba la doctrina en lengua iritila, “que es la propia de este valle”, y en mexicano, que era la lengua “general”.



Alegoría: jesuitas glorifican el Nombre de Jesús como salvador de la humanidad.
Del libro *Ad Maiorem Dei Gloriam. La compañía de Jesús, promotora del arte.*

En la navidad de ese año de 1598, el padre Juan Agustín de Espinoza dijo dos misas, la de gallo y la del alba. El día primero de enero también celebró misa. Al terminar ésta, se efectuaron las primeras elecciones que hubo en la vida democrática de Parras. Los votantes designaron a sus autoridades: escogieron “alcaldes y regidores”.

En 1599 se celebró en México la Quinta Congregación Provincial de la Compañía de Jesús. A los reunidos, les pareció de gran importancia la Misión de la Laguna y las demás que había “así para la pacificación” de los indígenas como para su conversión y evangelización. Este fue el sentir unánime de los congregados, el cual fue enviado a Roma a la VI Congregación General de la Compañía de Jesús.⁵

⁵ M.M. VI Doc. 22 p. 647, *Quinta Congregación Provincial Mexicana*. México, 2 a 9 de noviembre de 1599; orig. en Cod. Congreg. 49 f.f. 290r – 294 v.

El *Anua* firmada en México el 8 de abril de 1600 menciona que el lugar fue bautizado como “Parras” por las parras silvestres que encontraron los misioneros. Era muy fértil: de un grano de maíz salían catorce o quince mazorcas. De una pepita de calabaza nacían cincuenta. La tierra producía los mejores melones de Nueva España, blancos, rojos y gualda. Los parrenses eran “aventajados labradores”, gente despierta y amiga de andar bien vestida...

El *Anua* de 1600 consigna también las otras cinco poblaciones fundadas por los misioneros jesuitas de Parras:

Santa Ana (60 kilómetros ⁶ al oeste de Parras, en dirección a Torreón); Laguna Grande, (72 kilómetros al oeste de Parras, en el derramadero del Río Nazas); El Pueblo del Cacique Aztla, con 500 habitantes; Rancherías de San Francisco, río Nazas arriba, con 350 habitantes; Cuatro Ciénegas (120 kilómetros al norte de Parras, con dos mil vecinos).

Según el *Anua* de 1600, a los niños se les enseñaba a leer en lo que fue y todavía se llama el Colegio de San Ignacio, de Parras. Con esto podemos afirmar que las funciones docentes (y por qué no, también las instituciones docentes) de la Compañía en La Laguna se remontan al último año del siglo XVI.

En el “Cathálogo de los padres que saben lenguas” se dice que el padre Juan Agustín de Espinoza conocía Mexicano, Zacateco, y aprendía Tepehuán a inicios del siglo XVII.

El *Anua* de abril de 1600-1602 nos informa que hubo un motín entre los indígenas de Parras, al grado de que de más de mil habitantes solo quedaron cinco o seis. Los indios se alzaron en armas, atacaron haciendas aledañas y mataron a algunos de sus moradores. Robaron, saquearon, huyeron, dirigidos por sus antiguos jefes que no estaban de acuerdo con la nueva forma de vida cristiana. A su vez, Los alzados fueron atacados por una epidemia de sarampión y viruelas y comenzaron a morir. El padre Juan Agustín decidió hablar con los rebeldes y se hizo acompañar de indígenas fieles y dos soldados. Caminaron 24 kilómetros a caballo, hasta el pie de la sierra y la subieron hasta encontrar a los huidos. Estaban en un estado desastroso, muchos muertos, desnudos, hambrientos. El padre repartió alimentos y los exhortó a volver a Parras. Ahí, el padre Juan Agustín tenía consigo “más de cien niños” para su evangelización y educación.

⁶ Para mayor comprensión, se han convertido las leguas en kilómetros.

Mientras el padre de Espinoza se ocupaba de los principios de la Misión, el padre Claudio Acquaviva le concedió la profesión solemne, o sea, su incorporación definitiva a la Compañía de Jesús. Ya estaba ordenado, había pasado la tercera probación y tenía algún tiempo de ministerio efectivo.

La concesión fue hecha en Roma el 15 de marzo de 1602. Pero el padre Juan Agustín de Espinoza murió el 29 de abril de ese año, sin conocer la alegría de esta buena nueva.

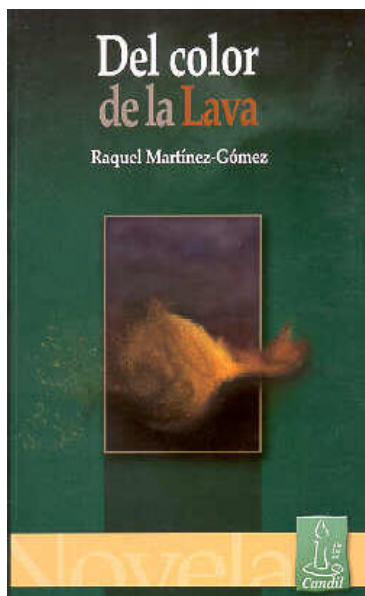
La primera noticia de su fallecimiento nos la da el padre Ildefonso de Castro, nuevo Provincial, en carta dirigida al padre Claudio:⁷ “Al padre Juan Agustín se lo llevó Nuestro Señor...”; él, añade, trabajó “con grande edificación en la Misión de los indios de Parras, más abía de seis años”. Su cuerpo quedó sepultado bajo el altar del templo que él mismo había empezado a construir, hoy llamado de San Ignacio.

El padre Juan Agustín de Espinoza, sj, es considerado el fundador de Parras y de su partido, el cual abarcaba la Comarca Lagunera de Coahuila y Durango. Todavía a mediados del siglo *xix* este partido comprendía la región que ocuparía Torreón. Existe la transcripción del acta de fundación del pueblo de Parras por el padre Espinoza, en compañía del capitán Antón Martín Zapata, la cual data del 18 de febrero de 1598.

Al padre Juan Agustín se le considera introductor del cristianismo y del culto católico, fundador espiritual de la Comarca Lagunera (entonces era una sola región que se ubicaba en la Nueva Vizcaya y con su cabecera en Parras), fundador del primer colegio lagunero (San Ignacio), primer superior de la Casa de los jesuitas en Parras. Misionero incansable. Mártir (testigo) de Jesucristo hasta el desprecio de su propia vida por el servicio del Evangelio. Efectivamente, murió muy joven —apenas contaba con 34 años— en el cumplimiento de su ministerio. Éste es el personaje histórico cuyo nombre lleva con gran orgullo el Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana.

⁷ M.M. VII, Doc. 122 p. 711, México noviembre 8 de 1602; orig. en D. Cod. Mex. 17 f.f. 46 r – 47 v.

EL MOSTRADOR



DEL COLOR DE LA LAVA:

COMPROMISO CON EL HOMBRE Y LA POESÍA

JAIME MUÑOZ VARGAS

Nada es más atractivo, y esto lo pueden confirmar las literaturas remotas y modernas, que la narración de los viajes. Cito un par de casos, uno antiguo y otro reciente: el que emprendió Marco Polo rumbo a los dominios del Kublai Kan y que después llenó de antojos la imaginación de la Europa renacentista; o, más cerca de nosotros en el tiempo y en el espacio, el que urdió Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra*, su última novela, ficción que tiene como protagonista al almirante genovés y, como tema eje, su hazaña náutica de 1492. El viaje es, pues, *leitmotiv* recurrente en la literatura universal y, pese a tal insistencia, el tópico no se ha desgastado un adarme. ¿A qué se deberá la fortaleza y la eterna novedad de este asunto? Atrevo una respuesta: a que el viaje presupone, tanto en la realidad como en la fantasía, el encuentro con lo desconocido, la sorpresa, el previsible asombro.

Y son precisamente ese encuentro con lo desconocido, esa sorpresa y ese asombro los que, como lectores, podemos encontrar en *Del color de la lava*, primera novela de

Raquel Martínez-Gómez y premio de narrativa Ciudad de Mósteles 2002. La autora, oriunda de Albacete, es decir, de Castilla-La Mancha, región de España donde por cierto inició sus aventuras el más famoso hidalgo de la historia, ha configurado este relato con varias y notables malicias narrativas. En la vértebra de *Del color de la lava* está, como ya avisé, la imantada crónica de un viaje, pero no es menos atrayente la pericia usada por la escritora albacetense para armar este relato y para nutrirlo de estimables aciertos.

Para empezar, es necesario advertir que Gabriela, personaje más saliente de la novela, realiza un periplo que podemos visualizar en dos sentidos; es, en efecto, un viaje al exterior, un viaje de España a México, pero tal vez más importante es el otro recorrido, aquél en el que Gabriela nos convida a visitar su geografía interior, a deambular las zonas de un alma deseosa de entender la desconcertante consistencia del mundo y sus criaturas. Entender que se trata de un viaje hacia esos dos destinos ayuda a comprender mejor la incorporación de otros elementos que apuntalan la eficacia de la narración.

La habilidad técnica de Martínez-Gómez queda patente al edificar la historia de sus dos viajes con un par de voces narrativas, la primera y la tercera, es decir, con un narrador-confidente y otro omnisciente. De hecho, la historia escrita en primera persona del singular también se bifurca: por un lado, encontramos el diario del abuelo Martí; por el otro, el de Gabriela. Estos amplios segmentos de *Del color de la lava* están señalados tipográficamente con el uso de bastardillas, y son, por así decirlo, los momentos en los que nos podemos sumergir en las profundidades de dos almas imbricadas: la de Martí y la de Gabriela (“Casi sin advertirlo, ha mezclado la historia de Martí con la suya”, p. 63); los tramos con letras redondas corresponden a la visualización de la protagonista en su viaje iniciático a la ciudad de México, ciudad “en la que no hay que ir muy lejos para bajar a los infiernos”, p. 83.

Me he detenido en estas minucias tipográficas porque significan mucho en *Del color de la lava*. Por un lado, revelan la proteica vitalidad del género, su admisión de recursos —en este caso ficcionalizados— como el diario personal o el género epistolar; por otro, nos dejan la impresión, como quiere Vargas Llosa en sus frecuentes alegatos en favor de la persuasividad novelística, de sumergirnos en la fantasía tan embrujados, tan persuadidos por ella, que no podemos abandonarla sin la impresión de que ha sido realidad, y no ficción, lo que acabamos de leer.

He insinuado ya que Gabriela y su abuelo Martí son los rostros más importantes en la narración. Al abuelo lo conocemos a través de un diario personal que Olga, su esposa, deja en manos de Gabriela. Ese obsequio detona en la nieta dos miradas: una retrospectiva, en la que se pregunta sobre el destino del abuelo Martí, sobre sus exilios y sobre su lucha por encontrar las razones de su vida; y otra prospectiva, en la que Gabriela interpreta las palabras escritas por su abuelo como un mensaje cifrado donde ella alcanza a vislumbrar su propia cara. Quizá por eso se entabla el paralelismo de los dos diarios, un paralelismo que podemos entender no sólo como el reflejo de un género personal, íntimo (el diario), sino como el diálogo entre el pasado y el futuro, entre el abuelo y su nieta.

Gabriela escribe entonces su diario estimulada por el del abuelo Martí, y es en el pespunteo de un discurso al otro donde se entabla la conversación entre ambos personajes separados en el tiempo, pero no por la emoción ni la palabra. Gabriela “oye” al abuelo en las frases del diario, lo trata de comprender, y es en esa “conversación” donde alcanza a comprender que tarde o temprano la vida nos orilla, como dice Benedetti en un famoso poema, a decidir de qué lado ponemos los pies: en la indiferencia o en el compromiso, en la guerra o en la paz, en el pesimismo o en la esperanza.

El diario escrito en un cuaderno “del color de la lava de un volcán en erupción”, dada la filiación política del abuelo, marca asimismo el compromiso de Gabriela. El viaje a México servirá para que ella admire en carne viva los efectos de la globalización en este país signado por los contrastes. Son a mi parecer hartos recomendables los pasajes del libro donde se describe el encontronazo de Gabriela con la realidad mexicana, su sensación de que es esta república un mosaico de claroscuros, su paladeo del castellano deliciosamente permeado por el náhuatl. Como Efraín Huerta y como tantos otros poetas, cronistas, novelistas y dramaturgos, Gabriela odia y ama, al mismo tiempo, a la otrora región más transparente del aire, se identifica con sus causas más nobles, como la estudiantil en la UNAM o la zapatista venida desde los rincones de la selva chiapaneca, pero también execra la iniquidad de un sistema económico que produce pobres y plomiza fealdad en cantidades monopólicas.

Acercarse a una buena novela es como acercarse a una muestra gastronómica mexicana: donde escudriñe el paladar encontrará buen sabor. *Del color de la lava*, además de las virtudes ya señaladas, tiene varias otras no menos importantes. Basta reflexionar en su estilo para notar que ha sido escrita con un aliento poético envidiable. Alguna vez

Lezama Lima, al referirse a su *Paradiso*, observó que toda gran novela es, en el fondo, un gran poema. La forma prosística es, así, sólo una máscara, una finta para el lector. *Del color de la lava* es, durante casi todos sus renglones, un texto oxigenado por voltajes líricos que la dotan de una emotividad peculiar muy cercana a la llamada *prosa de intensidades*. Esto, sin embargo, no distrae a la albacetense de su tema, como suele ocurrir con los autores que, al atender en demasía su propio estilo, olvidan por momentos el asunto que nos están narrando. El estilo —refinado, pulcro— sirve al relato del viaje, lo acompaña con delicado ritmo, pero nunca se impone al lector como lo más caro de la novela.

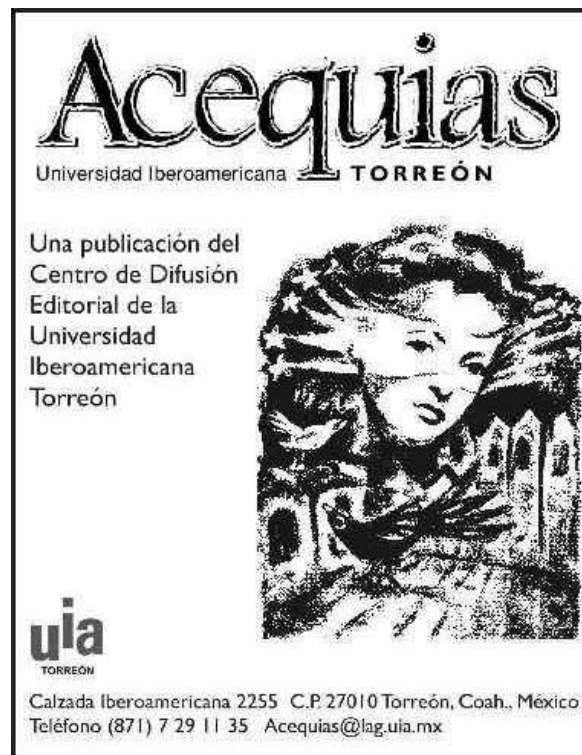
He dejado para el final de este comentario lo que me parece esencial en *Del color de la lava*, su pregunta implícita, el súmmum de su súmmum: ¿es posible en estos tiempos hacer una literatura que se autodefina como *comprometida*? ¿Es posible reflexionar en un mecano literario —como si se tratara de un ensayo político— sobre los grandes males que atosigan a la humanidad? Raquel Martínez-Gómez, *alter ego* de Gabriela porque a veces resulta inevitable sacudirse la autobiografía emocional, responde, creo, que sí a las dos preguntas. La suya es una literatura que no oculta su compromiso con el marginado y contra el marginante, y para ello hace navegar a su personaje en un país, México, caracterizado, como ya anoté, por los contrastes de la civilización y la barbarie. De ahí que yo haya querido ver en esta novela un tema sustancial: el de la globalización del mercado y sus efectos. Cierto es que la autora insinúa que son devastadores, pero no es menos cierto que también, como ella lo sugiere, pueden ser globalizados el optimismo y la esperanza, la amistad y el respeto. Así como el bombardeo a Serbia de la página 95 es confundido por Gabriela con un bombardeo a la UNAM (“Todo parece deshabitado, muerto, como si las bombas hubiesen caído allí”) que, pese a su educación nacionalista y popular también ha sido atacada por el virus del neoliberalismo global, un joven escultor suizo es capaz de enamorarse y vivir con una indígena sancristobalense, lo cual no es más que la globalización de lo deseable.

El viaje de Gabriela —que es también el viaje o los viajes de Martí, su abuelo— nos deja ver en suma que bucear en nuestro interior, encontrar nuestra lava íntima, el fuego primigenio, es una necesidad que, de satisfacerse, nos puede humanizar. No hay recetas, no hay secretos, pero *Del color de la lava* propone un atajo: viajar —o sea

conocer otras culturas, impregnarse de otras realidades— es una vía para acceder a la comprensión, a la tolerancia y a la urgencia de dar.

Tenía razón Lezama Lima: toda gran novela es un gran poema. Por su forma y por su contenido, *Del color de la lava* se ubica en esta definición y es de paso, por si fuera poco, un severo mentís a la literatura de evasión, descafeínada y acrítica. Es muy grato dialogar con sus renglones.

Del color de la lava, Raquel Martínez-Gómez, Candil, Madrid, 2003, 160 pp.



Acequias
Universidad Iberoamericana **TORREÓN**

Una publicación del
Centro de Difusión
Editorial de la
Universidad
Iberoamericana
Torreón

uia
TORREÓN

Calzada Iberoamericana 2255 C.P. 27010 Torreón, Coah., México
Teléfono (871) 7 29 11 35 Acequias@lag.uia.mx

Acequias@lag.uia.mx

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivoI/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>